

principiar una era, iban los peregrinos de todas las naciones á buscar la sabiduría egipcia, se encontraban con que sus mismos sacerdotes no sabian leer los pensamientos guardados por los geroglíficos de sus templos. Aquellos geroglíficos estaban vivos aún en las paredes de sus templos, y sus ideas se habian perdido, se habian helado en la fria noche de la muerte de aquella civilizacion. El buey Apis no era el símbolo de un dogma, era el buey; el cocodrilo solo era el cocodrilo, y ante el buey y el cocodrilo se postraban de hinojos, adorándole realmente, y no como imágenes de una idea más alta. Así Roma, que tanto en otro tiempo respetara el Egipto, al verlo caido en tanta degradacion, le selló la frente con el sello de la infamia. El egipcio no podia ser senador, ¿qué senador? ni aun ciudadano. Esta region no se levantaba sobre el ritmo armónico de las leyes romanas como se levantaban todas las regiones de la tierra, nó; Roma no queria estrecharla contra su amoroso seno, temiendo que le envenenara con su aliento. Solo Alejandria se libertaba de este odio; pero Alejandria era una ciudad griega, ó mejor dicho, una ciudad humana. Hija predilecta del pensamiento de Alejandro, única imagen de su inmensa alma, único destello inmortal de su genio humanitario, hermosa, riente, preparada á los festines como una ciudad griega; inmensa, colosal como una ciudad asiática; asentada entre

el Mediterráneo y un lago, como surgiendo del fondo de las aguas; visitada por todas las razas de la tierra, querida de todas las gentes, destinada á recibir el soplo del Asia en su alma y el beso de Grecia en su seno; agitada por un eterno cántico, envidiada de la misma Roma, que no ocupaba un trono tan hermoso en la tierra; resguardada de los bárbaros por un inmenso desierto; bendecida por el Nilo, el rio de los dioses, el rio de los antiguos misterios, que se divide en varios brazos al acercarse á sus muros para más hermosearla, para más extenderse por aquella tierra de bendicion; Alejandria era el templo donde se citaban á unirse, á condensarse todas las escuelas de la tierra, todas las ideas que habian cruzado por la mente humana; y allí iban con sus ofrendas, con sus dones los antiguos sacerdotes del Oriente que no habian profanado el sueño del pensamiento dormido en la naturaleza; los hebreos que llevaban su Dios errante por el mundo para libertarlo de las asechanzas de Roma, y lo guardaban en el santuario de su alma; los cristianos que anhelaban derramar el bautismo sobre la frente de aquella ciudad tan hermosa; los platónicos que soñaban con la idealidad de su ciencia en las bibliotecas de aquella inmensa academia; los estóicos que se habian esparcido por todo el mundo, y en todas partes guardaban con sin igual esfuerzo su elevado pensamiento; los epicúreos que en

aquella ciudad de placeres se entregaban á todos los reclamos de sus sentidos; los gnósticos, los verdaderos hijos de esta ciudad, porque como ellos era oriental, griega, platónica, epicúrea, mágica, mística, theúrgica, la inmortal Alejandría.

El Atlas, el desierto y el Mediterráneo forman al salir de Alejandría para Occidente un inmenso país, vario, multiforme, ora cubierto de bosques hermosísimos y de ciudades populosas como la region más feliz de la tierra, ora desolado y envuelto en inmenso sudario de estéril arena. Allí, en aquella inmensa region se extendían desiertos inexplorados é inexplorables, sin un pueblo, sin una vivienda, sin un oasis; desiertos, en que de vez en cuando se encontraban algunas piedras arrojadas por los peregrinos de otros días, como para testificar su angustia y señalar á los viajeros su ruta. El Mediterráneo tan plácido y manso, á pesar de sus llanas riberas, al besar los bordes de ese inmenso y maldito desierto, ocultaba bajíos inmensos formando costas inhospitalarias y horribles. La vida de la naturaleza, que se manifiesta en bosques, arroyos, en fuentes, en aves, allí no luce, como si al derramarla Dios se hubiera evaporado y perdido. La creacion parece allí un inmenso cadáver. Y sin embargo, este inmenso desierto, cortado muchas veces por las cordilleras del Atlas, que formando grandes vertientes, siem-

bra el Norte del Africa de países abundantes, felices, hermosísimos, adornados con todo el lujo de una espontánea y riquísima vegetacion. Entre el desierto y las vertientes Norte del Atlas se extendían tribus nómadas, guerreras, amantes del peligro, ágiles como el tigre, nobles como el leon; pero feroces como todas las alimañas que se crían en sus selvas y en sus montes. Por aquellas regiones andaba errante ya en esta época que historiamos el indómito kabila, envuelto en manto del color mismo de la tierra, centelleando de sus ojos la ardiente luz de su sol, ennegrecido y tostado por el calor del cielo y de sus montañas, pues parecía criado en inmenso y abrasador volcan. Y sin embargo, en estas regiones del Norte de Africa, la graciosa y armoniosa civilizacion griega levantaba sus templos, sus acueductos, sus ciudades, y celebraba sus rientes y hermosas fiestas en Cyrene. Allí el cielo era más trasparente y más claro; la tierra estaba bordada de flores, las montañas cubiertas de celestes reflejos y cortadas por valles dichosísimos; el mar claro, sereno, como si gozara en reflejar la hermosura de las riberas y el esplendor de las ciudades que se miraban orgullosas en sus aguas; tierra de bendicion semejante á un canastillo de perlas y de flores olvidado y perdido en el desierto. Los poetas epicúreos antiguos para quienes la vida era ligera y la muerte voluptuosa, creían que en el mundo no se encontraba un

lecho tan perfumado, tan hermoso para dormir tranquilamente el último sueño como esta tierra cyrenáica. Este país tan hermoso fué legado á los romanos. El último de sus reyes, iluminado por esa vision profética que inspira al hombre á la hora de la muerte, legó su corona á Roma y reconoció así su incontrastable soberanía. Extendíanse tambien por estas regiones la gran Sirte, la Numidia y la Maurithania, y allí sembradas las ciudades que habian guardado los destinos del mundo, como Cartago, último esfuerzo hecho por el genio de Oriente para sujetar la humanidad; Utica, sepulcro del severo estoicismo republicano de Roma; Tapso, Aquila, Tánger todas representando grandes fases del comercio y de la vida del Africa. La paz de cinco siglos, que iba á traer el Imperio, estaba destinada á levantar de su abatimiento estas regiones desoladas y á darles su antiguo esplendor, hasta el dia en que sonó la hora de la venida de los bárbaros.

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus hondas los piés de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles, y con sus húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de

las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Píndaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo; de ese mar, que sobre sus ondas, semejantes á las palpitations de un corazón querido, ha llevado el secreto de la civilizacion de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos que se miran en sus hondas; mar que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y África para unir á los tres continentes, y celebrar así la maravillosa fusion del alma y del pensamiento de los pueblos; mar que yo amo, porque he pasado mis primeros dias viendo sus hondas y he creído descubrir en sus estelas, en sus espumas, en su ligera celeste superficie las eternas huellas de su hermosa historia. Á orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de todos los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos y razas perdian sus manchas, su egoismo y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre, la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, despues de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones, pero tambien tantos esclavos sumidos en el polvo y tantos altares levantados al error, el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros cuando la veian surgir entre las on-

das pura y hermosa como asilo reservado á su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos en la larga serie de los siglos á Italia, y recordamos que suya es nuestra legislación, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hácia ella afecto filial, tanto más, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronunciaron su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir á lo lejos su refulgente escudo sin caer heridos en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdón á la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes que la coronan con nieves eternas, con lagos celestes, con bosques llenos de flores y perfumados por eternos aromas; envuelta en la gasa ligera, hermosa, de un cielo claro y límpido como el alma en la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordan su manto; hundidos los piés en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada de todas las razas que la miraban de rodillas como su diosa, como su oráculo; hollando blasones y trofeos como ni antes ni despues ha tenido ningun pueblo; Italia dilatada, auxiliada por el genio de la historia, su soberanía por toda la tierra, y elaboraba pensativa y silenciosa la gran obra del derecho. Pero miremos

hoy su estado material como hemos hecho con todos los pueblos de que lijeramente hemos tratado. Italia en los primeros tiempos de la República estaba floreciente y hermosa. El trabajo habia hermosado aquel país, porque el trabajo es la fuente de la vida. Allí se cogia el trigo de Campania y Apulia, el vino de Falermo, el aceite de Venafre; allí la agricultura, primer oficio de los romanos, florecia con singular florecimiento. Mas un dia cambió de aspecto Italia. Los nobles, los poderosos, oprimiendo al pueblo gravándolo con pesadísimas deudas, se alzaban con todas sus propiedades y constituian inmensos patrimonios, fabulosísimas riquezas. Estas propiedades eran como un cáncer que devoraba la riqueza de Italia. El señor en Roma, en la ciudad, no podia tener por los campos ese afecto, ese amor paternal que siente el pobre agrícola cuando les vé transformados por su trabajo, rociados con el sudor de su frente, como si fueran parte de su vida y de su alma. Poco le importaba al noble romano que la agricultura decayese, que los campos perdieran su vida, que los labradores murieran de hambre al pié de los instrumentos de su labranza, que perecieran generaciones enteras y se arruinaran villas populosas, con tal de aumentar su riqueza y dar alimento á su avaricia. Las tierras trabajadas por los plebeyos con trabajo tan fecundo, aquellas tierras ricas en viñas, en olivares, en sem-

brados, en huertas de todo linaje, de regaladas frutas, fueron impiamente taladas, convertidas en praderas para la manutencion de grandes ganados, que se sostenian sin estipendios y sin trabajos abandonadas á la custodia de un esclavo. La madre tierra, que es tan productiva cuando el amor del hombre la fecunda, abandonada á sí misma, profanada por el trabajo servil, estéril y maldecido como todo cuanto proviene de la servidumbre, se habia esterilizado hasta el punto de no dar de sí ni un átomo de vida. Así, el pueblo romano, antes tan feliz con los productos de sus tierras, despues que el trabajo servil habia agotado las fuentes de la vida, se quedó á merced de las olas y los vientos que de extrañas regiones le llevaban el pan para saciar su hambre. Así es que muchas veces, cuando el mar encrespaba sus olas, cuando el viento desataba sus ráfagas y las galeras romanas no podian arribar á las riberas italianas, el pueblo romano se moria de hambre, golpeando en vano la puerta de la vacía Annona que habia agotado todo su trigo. Hé ahí, señores, la consecuencia del trabajo servil. Nuestro compatriota Columela miraba con los ojos arrasados de lágrimas aquella tierra infecunda y estéril, y decia que entregada á manos de los esclavos torpemente, los esclavos la trataban como crueles verdugos. Así el gran Tito Livio se dolia amargamente de que aquella Italia, semillero en otro

tiempo de hombres, no pudiese dar á la guerra ni aun diez legiones. Hé aquí el resultado de la concentracion del poder y de la riqueza en manos privilegiadas, y la concentracion del trabajo en manos serviles. Lo cierto, lo indudable es, señores, que Italia estaba agotada. Para deshacer aquella propiedad monstruosa, tiránica, la cuestion social torpemente planteada por el senado, y las cruentas guerras civiles habian llovido sobre los campos de Italia lluvias de sangre, bastantes á borrar los límites de cada dominio, de cada heredad, y el vencedor ora se llamase Sila, ora Mario, ora Pompeyo, ora César, daba aquellas tierras á sus soldados, á sus gentes, preparando así el dia en que el Imperio habia de levantarse á reivindicar todo el dominio de Italia y á soterrar toda la antigua aristocracia en el polvo de sus campos. Los veteranos de los ejércitos vencedores eran los propietarios de Italia, y así como con facilidad se levantaban á despojadores, con facilidad venian despojados. Todavía recuerdo, señores, con plácida ternura, que el cantor de Mántua, ese dulce y tierno poeta de la naturaleza, que reflejaba en su alma la luz del naciente Cristianismo como la luna reverbera en su tranquilo disco la luz del sol, lanzó sus primeros gorgoros en Roma, herido por el dolor de ver en el suelo destrozado el hermoso nido de flores en que habia desplegado por vez primera las pintadas alas de su divina fantasía. Y ya

creo haberlo dicho otras veces, y no necesito repetirlo; Italia estaba despoblada y tambien exhausta, porque en su titánico trabajo de la unidad del mundo y de la fusion de las razas, habia agotado su propia vida, su propia sangre, de suerte que sus guerras sociales y su obra de civilizar á la tierra habian agotado todas las fuerzas de Italia como se agotan las fuerzas del artista cuando acaba de dar la última mano á su obra. En esta Italia tan desolada se extendia una region placentera y serena; la feliz Campania. Allí, á la luz de aquel sol, bajo el claro pabellon de tan hermoso cielo, respirando las áuras embalsamadas, con las esencias de las rosas y los mirtos, recostados en bellas casas de campo levantadas al pié mismo del Vesubio, dejando errar la vaga mirada por las celestes apacibles ondas que al quebrarse mansamente en la orilla cubierta de caracoles y conchas, lanzan un vago suspiro repetido como un cántico de amor por los ecos de las cercanas montañas; los señores romanos se entregan al placer y al ócio, apuran el vino de sus ánforas etruscas, liban la miel del amor en los labios de sus esclavas griegas, cantan al compás de doradas cítaras los versos amorosos de Tibulo y de Propercio, juegan con los dioses marinos que la imaginacion finge entre las algas y las espumas, se bañan en el Lucrino para adobar y pulir su cuerpo, se pierden á la luz de la luna como el dios campestre

acompañado de sus bacantes en las viñas entrelazadas con los álomos y los cipreses, la alegría en el rostro, la copa en las manos; huyen de los ardores del estío en las frescas grutas humedecidas por las plantas acuáticas; y así dejan errar tranquilamente su vida al acaso, sí, su vida que se parece á una de esas hojas perfumadas desprendidas de las flores sobre la linfa de los arroyos, que juguete de las aguas, despues de flotar sobre la verde grama y recorrer deleitosos espacios, va á perderse ó en el seno de los rios ó entre el oleaje de los mares. Pero, me preguntareis, señores, ¿este mundo romano en esta época no tenia enemigos? Voy á satisfacer vuestra pregunta. Pasemos, pues, á otro asunto.

Ahora, señores, despues de haber examinado el mundo romano en su interior, debemos examinarlo en sus fronteras, en los pueblos que le rodean. Al Norte estaban los britanos, los germanos y los dacios; al Oriente los escitas, los parthos y los armenios; al Sur los árabes y los nomadas africanos. Veamos estos pueblos. Empezaremos por los del Norte. La religion druidica de la raza céltica habia encontrado un refugio en medio de los mares, la isla Británica. Allí sus sacerdotes guardaban la tradicion y la ciencia lejos del ruido de las armas; allí se daban á la meditacion acompañados solo por el rumor de las olas del mar. En la Bretaña, la religion druidica habia tomado

un carácter más grave, más solemne, más trascendental. La confianza en la transmigración de las almas, en el cambio de forma en la existencia, pero en la perennidad de la vida, hacia de aquellos sacerdotes una gran escuela filosófica, algo parecida á los cenobitas solitarios del Oriente. La casta sacerdotal se renovaba incesantemente con la admisión de jóvenes que le ingerían una nueva vida, y que por espacio de veinte años entregados al silencio, adquirían la madurez de los ancianos. Y sin embargo, esta religión tan trascendental, no se desvanecía ni se disipaba en el seno del misticismo, como la mayor parte de las religiones orientales, no; era una religión práctica, que daba al hombre amor á la patria, aliento para la guerra. A las orillas de aquel verdoso y oscuro mar, bajo las bóvedas que formaban las encinas, sobre una tierra bendecida y sagrada pero selvática, la raza druídica encendía sus hogueras, predicaba la trasfusión de la vida humana en la naturaleza después de la muerte, y arrastraba los hombres al pie del ara para ofrecer su sangre, su existencia, como un holocausto á sus bárbaras y antropófagas divinidades. Entre aquella isla y las Galias había siempre misteriosas relaciones. Cuando la tribulación de la conquista llegaba á su colmo, los galos iban á buscar un asilo seguro en la Bretaña, y allí encontraban sus sacerdotes, y allí sus dioses, y allí un consuelo á su dolor. César

comprendió que no tenía bien domeñadas las Galias si no ataba á su carro también la umbrosa Bretaña. Y como entre su pensamiento y su voluntad no había distancia, atravesó el Océano, y puso su pie vencedor en la Bretaña. Tácito nos cuenta cómo resistían estos pueblos bárbaros á las huestes romanas; reunidos en grandes pelotones, con los ojos vueltos á sus templos, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, dando gritos espantosos, ahullidos terribles, montados en caballos que relinchaban fuertemente en la pelea, bendecidos por sus sacerdotes, que levantaban los brazos al cielo para invocar la protección de los dioses y pedirles su fuego y su cólera contra sus enemigos, desesperados hasta el punto de arrojarse á las ondas del mar en pos de un asilo más dulce que la patria encadenada, caían bajo las armas romanas como bajo la clava del destino, rendidos pero no humillados. César después de sus dos expediciones, solo había conseguido de estos pueblos un tributo en reconocimiento de la soberanía de Roma. Pero este tributo, de mal grado rendido, olvidábase bien pronto en aquellos naturales. Y tan cierto es que no daban este tributo, que Augusto reconoció la inutilidad de exigirlo, y renunció á este reconocimiento del poder de Roma por un pueblo bárbaro y oscuro, pues los gastos de la recaudación excedían á los rendimientos del tributo. Pero Roma no podía consentir que un

pueblo se burlase así de su poder, porque no estaba en su pensamiento ceder á ningun pueblo, ni en su destino desmentir la providencia, dejando en pié cruentos cultos. Roma iba á preparar el culto del Dios-espíritu como la Sibila que desde su silencioso templo y sin conciencia de lo que decia, anunciaba la venida de una nueva religion. Y era necesario que Roma, para preparar el reinado del Dios-espíritu, rompiese, destrozase el ara que destilaba sangre, donde era adorado en todo su horror el dios-naturaleza. Y así la nueva idea, pura, luminosa, inmaculada, iba hollando los trofeos de las victorias romanas, y alzándose sobre ellos para predicar la verdad y la justicia á los hombres. Era, pues, necesario que Roma no abandonase la conquista de la gran Bretaña. Claudio, que á pesar de sus grandes crímenes y de su reconocida imbecilidad, tenia en el trono esa intuicion que el espíritu de Roma daba á todos sus representantes, trató de purificar la tierra del culto druidico, arrojándolo del nido de encinas que se habia formado entre las ondas de los mares. A este fin, mandó allí sus procónsules y sus legiones. Alguna resistencia opusieron los régulos del país, pero resistencia inútil, porque bien pronto las armas romanas los precipitaron en el polvo. Roma vió con asombro entrar por sus puertas encadenados á reyes de la Bretaña, de aquella isla que Roma creía un mundo descono-

cido é inmenso. Caratac, régulo de Bretaña, á los piés de Claudio, rendido, le pedia la vida. Claudio, siguiendo la política tradicional de Roma, se valia de estos reyes para aherrojar á los pueblos. Y de esta suerte, poco á poco se venian á tierra los altares ensangrentados y espiraban los dioses antropófagos.

El gran peligro para Roma estaba á las orillas del Rhin. Allí se condensaba una nube, que habia de asestar sus rayos sobre el Capitolio y habia de borrar á Roma de la faz de la tierra. De vez en cuando esta gran tempestad, que Dios guardaba para el día de los grandes castigos, reflejaba algun lejano relámpago sobre la frente de Roma. La reina de las naciones sentíase herida, y un presentimiento vago de su próxima ruina atenaceaba sus entrañas y mordia su corazon, y en su amargura enviaba á sus hijos á contener aquel grandioso y devastador torrente. Despues de un siglo todavía mostraban los romanos con horror los campos pútridos, donde los cimbrios, avanzadas ligeras de los pueblos germanos, habian hallado muerte, merced al heroismo de Mario, pero muerte que indicaba claramente cuanto de vida habia en el seno de aquella formidable raza, eterna enemiga de Roma, y su rival, sino por la inteligencia, por la fuerza y por las armas. Allende el Rhin, en aquella inmensa inexplorada soledad, entre bosques y riscos, se extendia este pueblo á



quien los galos en su terror habian llamado germano por su furor guerrero; pueblo, cuya cuna era un carro de guerra, cuya infancia una disciplina y apercebimiento perenne para el combate, cuyo patrimonio una espada y un escudo; pueblo que tenia por única diversion y recreo saltar sobre las puntas de las lanzas y deslizarse de lo alto de las montañas en sus anchos escudos; que adorando á Dios en la inmensidad, en los bosques, en las fuentes, en la naturaleza, sin darle ninguna forma humana, conservaba su espíritu libre de la idolatría; que sin agarrarse al suelo y á la patria, volaba de un punto á otro llevado por su instinto guerrero, verdadera voz de su destino; que no se degradaba bajo ninguna aristocracia sacerdotal, ni se hundia en ningun linaje de esclavitud; en sus mujeres hallaba fuertes heroínas, dispuestas á señalarle siempre el camino de la guerra y á decirle que es preferible la muerte á la esclavitud; que no tenia sosiego sino cuando respiraba el vapor de la sangre y oía la música salvaje formada por los combates; pueblo, en fin, rubio, de ojos azules, blanco, de larga cabellera, que mostraba en sus brazos fuerza para destruir un mundo y en su sereno rostro apacibilidad para dejarse dominar de una idea; pueblo, que Dios guardaba en sus designios entre las nieves y las sombras para confiarle la direccion de la historia el dia en que Roma descendiera del trono de la tierra, enflaque-

cida y degradada por sus crímenes. Los romanos, que conocian que este era el destino de los pueblos germanos, se oponian á toda costa á su carrera y á sus victorias. César, que resumia la humanidad de su tiempo, en su alta inteligencia trató de cortar con aquella su invencible espada esta continua corriente de pueblos bárbaros, cuyo poder y fuerza desconocia pero cuyo destino providencial, histórico, en su alta intuicion adivinaba. Los galos le referian con horror que alguna vez las tribus feroces de allende el Rhin atravesaban el rio y se lanzaban sobre sus campiñas talándolas, destruyendo sus chozas y sus villas, dispersando y esparciendo sus huestes, y dejando por todas partes como una huella inextinguible de lágrimas y sangre en pos de sus terribles correrías. Los romanos, á su vez, habian advertido que aquellos pueblos formaban dos grandes confederaciones, que unidas podian caer como un inmenso témpano de hielo sobre el altar donde ardia el fuego de la vida del mundo, y para evitarlo Druso se arrojó con sin igual esfuerzo entre ambos pueblos: empresa temeraria, porque era difícil, si no imposible, cortar la corriente de aquellas razas; empresa, en la cual tuvo que contenerse, porque un instinto superior le decia que allí podia perder sus gigantes alas el águila romana. Y el peligro era tan cierto, que un dia Varo quiso arrojarle á enfrenar aquellas feroces tribus, y todos sus sol-

dados perecieron en la demanda; desgracia horrible que heló á Roma, que derramó espanto y terror en todos sus habitantes; que afigió de tal suerte al emperador, que al saberlo quiso, en un raptó de dolor, estrellar su frente contra las columnas de su palacio. Un hombre extraordinario, un bárbaro de elevado pensamiento, abrazó en su mente la idea colosal, gigantesca, de unir aquellas razas, de disciplinarlas, pero como esta idea era contraria al espíritu y al carácter de los pueblos germánicos, fué asesinado, y asesinada en él la gran liga de los bárbaros. Lo cierto es, señores, que la reina de las naciones no podía gozar en paz sus victorias, mientras temiese ver á cada instante apareciendo sobre la cumbre de los Alpes como furias evocadas del Averno, aquellos hombres sangrientos, feroces, cuyos ahullidos atemorizaban al mundo. Germánico habia conseguido grandes victorias sobre estas indómitas razas, pero la política de Tiberio le arrancó á sus triunfos por miedo de que una gloria tan grande eclipsara su poder; que los celos son la enfermedad de los tiranos. Tiberio seguia con los bárbaros su política astuta, porque aquel hombre no habia nacido para las grandes empresas, sino para llegar como la serpiente por caminos tortuosos al cumplimiento de su voluntad, al término de sus deseos. Así es, que viendo que con la guerra echaba un cebo al furor de los germanos, mandó á sus

legiones pasar el Rhin, aposentarse en la ribera opuesta, velar sus armas, y aguardar allí á que las razas bárbaras, no teniendo un enemigo común y poderoso á quien combatir, volvieran contra sí mismas sus armas sedientas de sangre, y evitaran así á Roma el trabajo de sostener un eterno combate en aquellos umbrosos bosques. Calígula, que todo lo fantaseaba y exageraba, en un raptó de locura, creyéndose un general como César, llevado de ese amor á lo imposible, que era su enfermedad, quiso atajar el paso á los germanos, se armó de todas armas, atravesó los Alpes, se dirigió á las Galias, arrojó al viento palabras de guerra, de ira, de entusiasmo, fingió que iba á volver al Capitolio con los capitanes de aquellas razas encadenados á su carro; pero como en medio de estos alardes le sorprendiera la noticia de que los germanos habian atravesado el Rhin, se espanta, no sabe dónde esconderse, trata hasta de fletar un barco para que le llevase á Oriente, lejos, muy lejos de los bárbaros, porque ni Roma le parecia un asilo seguro á su terror. Claudio no imitó la conducta de Galígula; antes restableciendo la antigua política de Tiberio, mandó á sus capitanes que no acometiesen á los bárbaros, y que los dejaran desgarrarse mutuamente, sin más que velar por la seguridad de las orillas del Rhin. Y mientras Roma seguia esta política, los bárbaros se acrecentaban, sus huestes se apercibian con